

TURISMO EN FERNÁN NÚÑEZ

J.N.R. (2005)

El pasado mes de Abril, en la Comisión Asesora para Asuntos Culturales del Ayuntamiento –a la que no pude asistir; disculpas por ello-, figuraba como uno de los temas del Orden del Día la elaboración de un folleto de información turística referido a Fernán Núñez. El tema resulta muy sugerente y creo que merece una reflexión seria y serena, reflexión de cuyos pormenores intento dar cuenta en estas líneas.

El simple planteamiento de un proyecto de folleto de información turística significa que alguien intuye la posibilidad de que Fernán Núñez se beneficie de ese tan importante flujo económico generado por el turismo. Por ello la primera pregunta que debemos hacernos es ésta: ¿tiene atractivos Fernán Núñez para hacer venir a una cierta cantidad de visitantes foráneos? Y en caso de que, muchos o pocos, esos atractivos existan ¿está Fernán Núñez en condiciones de ofrecerlos, enseñarlos y hacerlos valer? Intentaremos responder –de forma totalmente honesta- a esas preguntas.

Y empecemos por lo positivo; los tres elementos en torno a los que podría montarse un foco de atracción turística, hoy por hoy, sin ningún género de dudas, son: el Palacio de los Duques de Fernán Núñez, La Parroquia de Santa Marina y, no sabemos hasta cuándo, la Calle Nueva.

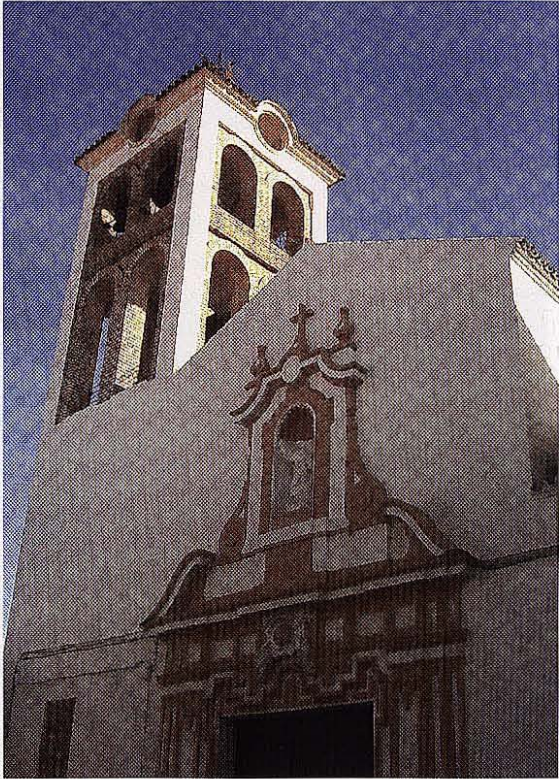
El atractivo del Palacio Ducal reside en presentar todo un complejo del siglo XVIII que, diseñado para alojar la administración del antiguo señorío, se revistió de formas neoclásicas, conformando en torno a la Plaza de Armas, un conjunto original y único en Andalucía. Pero este atractivo se contrarresta por el hecho de que, víctima de una funesta gestión y de la ineptitud de determinado arquitecto, el edificio principal se encuentra en situación ruinoso, convertido en un cascarón hueco, apuntalado y abrocha-

do con tirantas para evitar un posible derrumbe. En lo que se refiere a los jardines, su estructura dieciochesca fue “modernizada” con patrocinio de la Junta de Andalucía, dando como resultado la desaparición de la reliquia originaria y su sustitución por un “cuidado jardín” en el que el atractivo principal está más en imaginar lo que fue que en contemplar lo que es. Los otros elementos del complejo son de propiedad particular: las antiguas caballerizas, la casa-mesón de La Tercia, cerrada al público en este momento, y el edificio de las Escuelas del Duque, también en precario estado de conservación. Todo ello traduce que el hipotético visitante hoy tendría que conformarse con un paseo exterior por la Plaza de Armas: escaso bagaje para un complejo de la importancia del que nos ocupa.

El segundo posible polo de atracción turística es la Parroquia de Santa Marina, monumental edificio del barroco tardío que presenta una calidad constructiva más que llamativa, un nivel artístico que sorprende y un estado de conservación (dejados de lado ya los despojos patrimoniales sufridos anteriormente) bastante alto. Por otra parte, su entorno inmediato -Calleja de los Arcos y Calle Romero de Torres- ofrecen un paseo ameno, con una arquitectura popular en la que, salvo excepciones (casa del P.C., por ejemplo), predomina el buen gusto y un sentido de la estética bastante aceptable. De especial atractivo es “el Arco de la Iglesia”, uno de los símbolos de Fernán Núñez y que, en la actualidad, convertido en la más noble plaza de aparcamiento para vehículos de motor que imaginarse pueda, ni tan siquiera puede ser sometido a la actividad turística más convencional y ordinaria: ser fotografiado.

Y nos queda la Calle Nueva; su atractivo radica en ser el espacio en que la llamada “burguesía agraria” de Fernán Núñez estableció su residencia, con la fachada a esta calle y las instalaciones complementarias (corralones, cuadras...) en las traseras. El resultado es una arteria en la que, sin abandonar la arquitectura popular andaluza, las casas alcanzan una cierta monumentalidad y una alta calidad estética, virtudes que adornan también algunos sectores de la vecina Calle Empedrada. Contraste negativo lo ofrece la situación del acerado (tercermundista, sin paliativos), la ausencia de control municipal sobre las nuevas construcciones de sustitución (azulejos en fachadas, por ejemplo), la sensación caótica derivada de la invasión de vehículos en acerados y zonas prohibidas –que, además impide la contemplación de la calle- y, por último, la práctica consentida (¿por qué y hasta cuándo?) de dejar indefinidamente las fachadas de las nuevas casas en bruto, con el ladrillo al descubierto, sin enfoscar externamente.

Otros posibles valores positivos (en muchos pueblos lo serían), complementarios de los anteriores, para la potenciación del tu-



rismo podrían ser los siguientes:

a) La Puerta de la Villa y su entorno, como núcleo originario de la población, con su urbanismo medieval. La ancestral inhibición en materia urbanística de nuestros ayuntamientos ha convertido aquella zona del casco histórico en la dramática materialización de todas las taras y desviaciones consecuentes a la ausencia de política urbanística municipal o a su permanente inaplicación.

b) El barrio de El Encinar, que con sus casas encaramadas en una atalaya natural, fue un retazo encantador de nuestra geografía urbana. Por la misma ausencia de orientación oficial en las remodelaciones de las casas, se ha convertido en un espacio desordenado que ha perdido la mayoría de las cualidades estéticas que le adornaron.

c) El medio agrario, esencia del llamado "turismo rural", soporte de la actividad turística en muchos pueblos, no ofrece en Fernán Núñez muchas posibilidades; las razones son claras: altísimas temperaturas veraniegas, ausencia de arboledas, invasión por los cultivos de lo que fueron veredas y vías pecuarias, ausencia de casas rurales preparadas para recibir visitantes, etc.

d) La Casa-Museo de Juan Polo, por último, de cuajar lo que nuestro admirado escultor-amigo tiene en su mente y en su corazón, podría resultar un factor positivo de atracción de visitantes.

En este contexto, en ausencia de grandes monumentos o atractivos singulares utilizables como reclamo turístico, muchos pueblos han convertido en señas de identidad el conjunto urbano mismo, la visión global del caserío con el atractivo estético inherente a la arquitectura popular andaluza. Los "pueblos blancos", canalizadores de apreciables corrientes de turismo, son eso precisamente: núcleos sencillos y humildes que, como sus mejores galas, se visten de impoluto color blanco, creando un juego de volúmenes que, en conjunto, resulta grandioso y que, internamente, ofrece el atractivo de un paseo tranquilo y relajado, en un entorno limpio, cuidado e impregnado de todo lo que constituye un

patrimonio estético común de Andalucía. También en este aspecto Fernán Núñez ofrece más sombras que luces. El histórico desentendimiento municipal de la obligación legal de control y regulación urbanística, nos ha dejado como herencia un pueblo que, con seis siglos y medio de historia, ha perdido su personalidad y se encuentra divagando entre experimentos arquitectónicos extravagantes, cada vez más alejados de esa Andalucía que todos decimos llevar en el corazón.

Pero es que, abundando más, la impresión que ofrece Fernán Núñez es la de un pueblo a medio hacer, un pueblo sin terminar, a lo cual contribuyen dos hechos que, por sencillos y fáciles de solucionar, resultan verdaderamente irritantes: la práctica (consentida, esto es lo más grave) de no enlucir –ni blanquear– los testeros de las casas remozadas y, en segundo lugar, el hábito ya mencionado de dejar el arreglo definitivo de la fachada de la nueva casa para cuando Dios quiera. Y ello ocurre tanto en barrios de nueva planta como al lado del mismísimo Palacio Ducal, emblema de Fernán Núñez, que –fíjense que paradoja– está también al lado del Ayuntamiento, institución que en cualquier lugar del mundo se ocuparía de vigilar y evitar que este tipo de situaciones se produjesen.

Un último aspecto que supone también un hándicap para cualquier proyecto de atracción de visitantes es el tráfico rodado. Y es que, al margen de la generalizada indisciplina con que se conduce y se aparca, el tráfico de Fernán Núñez presenta una organización que hace difícil (no sé si imposible) la coexistencia con el fenómeno turístico. La prodigalidad con que se practica el corte de las calles a los efectos de su uso como terrazas veraniegas, significa la inutilización para el tráfico de algunas arterias básicas y fundamentales, lo que aporta una dificultad inusitada –incluso para el que conoce el pueblo, mucho más para quien lo desconoce– para llegar hasta cualquiera de esos posibles focos de interés turístico ¿Se imaginan un flujo importante de vehículos que, en una noche de fin de semana veraniego, quisiera llegar hasta un hipotético Restaurante situado en nuestro Mesón del Duque?

En síntesis, la loable intención de disponer de elementos informativos que potencien el turismo, no encuentra un caldo de cultivo favorable en las condiciones actuales de Fernán Núñez. Más bien al contrario, desde muchos años atrás, se viene haciendo exactamente por parte de todos –ciudadanos y autoridades– todo lo contrario a lo que pudiera actuar como atractivo al forastero. No obstante, el toque optimista es que, conociendo bien donde están los errores, sólo falta la voluntad y la decisión para evitarlos.

Y mientras nos decidimos o no, en las condiciones actuales no parece muy realista –condición esencial en cualquier político– plantear si quiera el tema del turismo, lo que significa que deberemos conformarnos con ese otro turismo sentimental que, con procedencia en nuestra emigración, tiene su alma y su corazón tan henchidos de Fernán Núñez que ni ven ni consideran las circunstancias negativas que aquí se esbozan. A todos los que estén con nosotros en agosto, bienvenidos seáis siempre y un fuerte abrazo